

Lo personal es político

Volver la vista atrás

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

Alfaguara, Bogotá, 2020, 477 pp., il.

NO TENÍA entusiasmo para leer este libro, pues conocí detalles de la vida de Sergio Cabrera al entrevistarle hace años y había visto otros reportajes sobre él. Pero me llegaron comentarios y recomendaciones de personas cuyo criterio respeto, así que me di a la tarea de leerlo. Tenían razón. Una primera lectura me sedujo por lo que cuenta y cómo lo cuenta; me encontré frente a un baúl de secretos abierto por un escritor que teje con precisión historias cautivantes. Es un texto de aventuras, dramático en varios momentos, redactado con una prosa amena, clara, sin giros poéticos rebuscados. Me enganchó al meterme en un viaje por sucesos desconocidos de épocas que viví, y que fuera de contexto parecerían poco creíbles.

Un aspecto fundamental de la novela es que no se queda en las vicisitudes de un creador y su familia, sino que, mediante saltos en el tiempo, alternados con maestría, hace una travesía desde la cruenta guerra civil española, pasando por el fanatismo, el autoritarismo y la búsqueda de la pureza ideológica en regímenes como el estalinismo en la Unión Soviética y la China de los Guardias Rojos; la Revolución cubana y el auge de las guerrillas en América Latina, hasta llegar, incluso, al plebiscito en contra de la paz en Colombia. Y claro, muestra destellos de la llegada de la televisión, el teatro contemporáneo y el despegue del cine en el país. Todo lo hace a través una saga de creadores progresistas—desde el abuelo— y su peregrinar por el mundo, huyendo de las guerras y otras veces enfrentándolas. Asimismo, el amor y el desamor cruzan el texto.

Una virtud del libro radica en que, en lugar de limitarse a un recuento o una enumeración de hechos, logra expresar el espíritu de cada época a través de situaciones específicas. Lo hace utilizando potentes imágenes para ilustrar lo que quiere mostrar, como aquel episodio sobre el fanatismo, cuando los estudiantes linchan al profesor. Durante la llamada Revolución Cultural

en China, Sergio Cabrera asiste a una clase de dibujo en la que el profesor compara el avión F-16 soviético con el Phantom II estadounidense, y señala que este último es superior. Viene entonces un gran silencio. Un estudiante dice: “Pero es el avión del enemigo”. Otro: “Si prefiere las armas del enemigo, enemigo será” (p. 175). Otro: “Traidor”. Otro: “Contrarrevolucionario”. Se acercan amenazantes. El profesor sale del salón. Lo arrinconan, lo escupan, lo golpean, cae, lo cogen a patadas. No se teoriza; se siente el espíritu sectario. Otro ejemplo para el mismo tema es el de los semáforos; algunos dirigentes piensan que si el rojo es el símbolo de la Revolución, es un contrasentido que los semáforos en rojo indiquen que autos o personas deban detenerse. Así que cambian el significado de los colores; claro, el experimento dura poco, por el caos que origina.

Hace también una disección de los protagonistas a través de sus actitudes, sus acciones, esbozando claramente la personalidad de cada uno, incluidos sus flaquezas y errores, pues no se trata de un libro complaciente que los muestre como héroes. Va hasta el fondo, explora profundos recovecos de sus vidas, el ser interno de cada uno: la timidez de Sergio; el empecinamiento y la testarudez de Fausto, su padre, que como buen *paterfamilias* antiguo tomaba, por todos, las decisiones que definían la vida de la familia entera; la determinación y resolución de su hermana Marianella; la lucidez, el coraje y el temple de Luz Helena, la madre que no tiene límites para salvar a los suyos, para defender a su familia por sobre todo. Incluso, en varios momentos se puede sentir que existe una especie de ajuste de cuentas con el padre.

Algo que fui percibiendo a medida que avanzaba en la lectura es la nitidez con que se muestra la influencia de lo político en lo privado. Se ve con claridad cómo las vidas privadas van mutando cuando son afectadas por los cambios políticos y sociales. En este caso, son vidas privadas determinadas y moldeadas por el devenir político de las sociedades en que habitan los protagonistas.

Otro instrumento importante del que se vale el autor es la acertada utilización de frases contundentes, entrelazadas a lo largo de diferentes capítulos, las cuales definen mejor

el período en cuestión que muchos sucesos o descripciones; transmiten el sentir, el ambiente de cada época. Como aquella sobre el encuentro del líder popular Jorge Eliécer Gaitán con Fausto Cabrera, al final de un recital de poesía con obras de Machado, Lorca y Hernández. Alguien que los escucha dice: “Cómo no se van a entender, si los dos son comunistas. Con gente así, este país se va al carajo” (p. 65). O sobre una crisis existencial de Sergio:

[...] malograda sin remedio su misión revolucionaria, para la cual había vivido desde su niñez, ya no tenía un lugar en el mundo ni lo tendría nunca. Por esos días escribió en su cuaderno: “En China no hay nada para mí. En Colombia tampoco. Ni siquiera he cumplido 24 años y ya me estoy preguntando para qué seguir viviendo”. (p. 460)

Hay algo en el libro que sorprende gratamente. Al igual que un cirujano o un mecánico de alta precisión, que logran el uno reacomodar los órganos en su justo lugar después de una operación, y el otro rearmar un complejo mecanismo después de repararlo, Juan Gabriel Vásquez se emplea a fondo en darle forma y coherencia a una cantidad enorme de materiales provenientes de las más diversas fuentes: los diarios en chino de Marianella y de su novio de juventud, el inglés Carl Crook; los libros de memorias de Fausto Cabrera y de David Crook, el padre Carl, que estuvo preso durante años bajo la sospecha de traicionar la Revolución, una absurda situación comparable con narraciones kafkianas; los diarios de Sergio; las cartas que vienen y van durante medio siglo; las conversaciones en WhatsApp de Sergio con su actual esposa, Silvia, durante agudas crisis; particulares fotografías y, entre otras fuentes, una extensa serie de entrevistas realizadas a lo largo de siete años, que buscan esculcar la memoria de varios de los protagonistas.

En el caso de esta novela, y en las odiseas casi inverosímiles que cuenta, se aplica aquello de la sincronicidad, pues se podría llegar a pensar que tantos sucesos e historias, tantos documentos y memorias, al parecer, estaban a la espera de que alguien los reuniera y los contara. Es la impresión que deja este trabajo de hilar tan bien y en forma

precisa toda la información que contiene el libro. Juan Gabriel Vásquez demuestra ser un buen observador, agudo investigador y diestro artesano que teje una singular colcha con docenas de hilos diversos.

“*Volver la vista atrás* es una obra de ficción, pero no hay en ella episodios imaginarios” (p. 473). Esta frase que encabeza la “Nota del autor”, último aparte de la novela, proporciona un elemento clave para descifrarla. Pues se trata de un torrente de hechos, personajes y coincidencias que difícilmente se podría creer que sucedieron en la vida real. El libro se acerca a lo que se llama hoy en día literatura de no ficción. Al terminarlo, por diferentes motivos, recordé varios textos: *El Karina*, de Castro Caycedo; *A sangre fría*, de Truman Capote; *El acontecimiento*, de la nueva Nobel, Annie Ernaux, e incluso, en la recopilación histórica crítica de las izquierdas, se emparenta con *El hombre que amaba a los perros*, de Leonardo Padura.

Guillermo González Uribe